



Capítulo 98

Mikardo había regresado a la Torre Mágica por primera vez en casi dos años. Inicialmente, había planeado abandonar la torre inmediatamente después de ocuparse de algunos asuntos. La razón era sencilla: hacía tres años, había descubierto una fascinante estructura mágica.

Era algo que parecía remontarse a la era olvidada de los dioses, algo tan extraordinario que podría ayudarlo a romper la barrera del octavo nivel y ascender al siguiente.

Así, Mikardo, que había estado viajando incansablemente por los territorios del imperio (excepto las zonas imperiales actualmente inaccesibles), tenía la intención de reunir solo los objetos necesarios y marcharse de nuevo.

—Maestro de la Torre, tengo noticias interesantes —dijo uno de los profesores de la Torre Azul, acercándose a él.

«¿Qué tipo de noticias?».

«Parece que alguien se ha enamorado del submaestro de la torre».

«¿Ah, sí?».

Si no fuera porque la noticia provenía de un profesor cercano a Mikardo, tal vez no le habría prestado mucha atención.

«Cuéntame más», dijo Mikardo, intrigado.



El profesor comenzó a relatar los acontecimientos con detalle, explicando todo lo que había sucedido.

«Así es como sucedió».

«¿Ah, sí?»

Tan pronto como el profesor terminó, Celaime Mikardo asintió repetidamente, con una mirada de creciente interés en su rostro. Luego, con voz teñida de curiosidad, preguntó: «Pero, al final, ¿no significa esto que Penia lo negó por completo?».

«Bueno, eso es cierto. Sin embargo, ¿no se dice que una negación rotunda a menudo implica una afirmación rotunda?».

«Una negación enérgica es una afirmación enérgica...».

Celaime se acarició la barba pensativo.

«¿Podría ser eso cierto en el caso de Penia?».

Inconscientemente, comenzó a imaginar a Penia en su mente.

Sin duda era una alumna brillante, alguien a quien incluso el propio Celaime, un genio reconocido, no podía evitar reconocer. Sin embargo, tenía una personalidad ardiente y testaruda y un sentido subyacente de superioridad que la hacía difícil de tratar.

Pensándolo mejor, se dio cuenta de que si alguien podía actuar de esa manera, esa era Penia.



Era muy posible que ella descartara incluso emociones naturales como el afecto como una «pérdida» si las admitía primero.

«En efecto... Si se trata de Penia, bien podría ser así».

«¿Verdad?».

«Sí».

Celaime asintió con la cabeza, recordando la inquebrantable determinación de Penia de ganar sin importar el costo. Aunque ella lo negara con vehemencia, su orgullo hacía probable que nunca admitiera voluntariamente tales sentimientos.

Por supuesto, si Penia hubiera escuchado esta conversación, podría haber estallado de furia, desatando su magia por toda la torre.

Pero, ajeno a esa posibilidad, Celaime reflexionó sobre algo antes de volver a hablar.

«En ese caso, ¿debería hacer algo para ayudar?».

«Bueno, supongo que no sería mala idea».

Ante la sugerencia del profesor, Celaime dejó escapar un murmullo pensativo y comenzó a reflexionar. Para alguien como él, que había pasado toda su vida inmerso en la magia y tenía poco interés en cualquier otra cosa, la idea de que su testarudo y orgulloso alumno desarrollara un sentimiento romántico era sin duda divertida.



«Penia tiene a alguien a quien admira... Mmm, ahora que lo pienso, ¿no llevan mucho tiempo enredados?».

Celaime desenterró un viejo recuerdo que casi había olvidado debido a su incansable dedicación al estudio de la magia.

«Si no recuerdo mal, ¿no fue ese noble quien eliminó el poema...? Sí, recuerdo claramente que Penia parecía inusualmente abatida en aquel momento».

Mientras revisaba estos recuerdos largamente enterrados, Celaime, un observador imparcial de mediana edad, encontraba la situación cada vez más entretenida. Con una sonrisa que sugería que había tomado una decisión, dijo:

«En ese caso, más vale que eche una mano a mi manera. Me reuniré con ellos primero y veré cómo van las cosas».

Sonrió, como si hubiera decidido qué hacer.

Mientras tanto, Penia, ajena a la silenciosa llegada del Maestro de la Torre, estaba en medio de otro arrebato.

«¿Qué?! ¿Otra vez?».

«S-Sí».

«¿Te has perdido? ¿Otra vez? ¿Otra vez?».

«Bueno, lo revisé todo minuciosamente y todo estaba bien hasta la salida...».

«¡Te dije que lo revisaras todos los días!»

«¡Lo hice, por supuesto, todos los días! Pero cuando llegamos a la torre hoy, de repente desapareció...».

«¡¿Cómo es posible?!».

Tras tres meses de pérdidas repetidas de objetos, la fortaleza mental de Penia estaba al borde del colapso total.

«¡Ughhh!».

Su frustración estalló y, cuando su ira alcanzó su punto álgido, la imagen de un hombre inexpresivo cruzó brevemente por su mente.

«¡Aaaaagh!».

Gritó exasperada.

El tiempo fuera de la ventana seguía siendo soleado y luminoso.



Poco después, Alon, desconcertado por la repentina aparición de Seolrang y Deus, apenas tuvo tiempo de procesar la situación antes de que otra voz lo interrumpiera.

«¿Eh? ¡Oh!».

Filian Merquillan, que apareció detrás de Alon, puso una expresión de confusión momentánea antes de que su rostro se iluminara al reconocerlo.

«Vaya, no puede ser... ¿Eres la Primera Espada de Caliban y la Primera Baba Yaga de Colony?».

A pesar de las expresiones sombrías en los rostros de Deus y Seolrang, Filian sonrió emocionado y abrió la boca como para confirmarlo.

«Siempre he querido conocerlos a los dos, ¡esto es fantástico!».

Una alegre sonrisa se dibujó en su rostro. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que sus expresiones no se habían suavizado en lo más mínimo, Filian se mostró desconcertado.

«¿Qué pasa?».

Fue entonces cuando Deus, que había permanecido en silencio hasta ese momento, finalmente habló.

«¿No dijiste que el marqués Palatio, es decir, nuestro benefactor, era débil?».

—Eh, sí.



«El marqués Palatio no es débil».

«¿Es así?».

Filian miró astutamente a Alon antes de volverse y responder:

«Por lo que veo, parece débil».

«¿Quieres morir?».

En ese momento, Deus desprendía un aura escalofriante y asesina.

«¿No es esto un poco excesivo?».

Sorprendentemente, no fue Filian quien se sorprendió por la reacción, sino Alon. Claro, escuchar a alguien llamarte débil no era precisamente agradable, pero no parecía lo suficientemente grave como para justificar una respuesta tan letal.

«¿No estás yendo demasiado lejos...?»

Justo cuando Alon estaba a punto de intervenir para calmar la situación, Filian lo interrumpió.

«Bueno, tal vez me equivoque. Pero me gustaría enfrentarme al Primer espadachín de Caliban para confirmarlo. ¿Sería posible? Si Deus gana, admitiré que el marqués Palatio es fuerte sin lugar a dudas».

«De acuerdo».

Antes de que Alon pudiera terminar la frase, ambos hombres se pusieron en marcha al mismo tiempo y salieron del salón de banquetes sin dudarlo.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Aunque el duelo era aparentemente para proteger el honor de Alon, él no tenía voz ni voto en el asunto. Ahora, mientras caminaba hacia el lugar del duelo, una cola que se movía rápidamente lo seguía de cerca.

«Ayudante, ¿eh?».

«¡Sí! No tenía pensado venir, pero cuando me enteré de que mi mentor estaría aquí, idecidí aparecer!».

Seolrang sonrió alegremente, como diciendo: «¿No soy increíble?».

Al escuchar el motivo de la presencia de Seolrang y Deus, Alon no pudo evitar asentir con la cabeza. Tenía sentido que ambos asistieran a la reunión.

Después de todo, Deus era la Primera Espada de Caliban y Seolrang era la Primera Baba Yaga de la ciudad desértica de Colony.

Aun así, había algo que le inquietaba.

«¿De verdad está bien provocar este tipo de commoción?».

Miró hacia delante, a Deus y Filian, que se preparaban para su duelo.



Aunque el salón de banquetes estaba relativamente vacío, lo que significaba que no había mucho público, el hecho de que los ayudantes se enfrentaran abiertamente en un duelo podía suscitar cierta controversia, independientemente de las circunstancias. Inicialmente, había considerado intervenir para evitarlo.

Sin embargo, no era el momento adecuado. Absorto en su conversación con Seolrang, ya había llegado al lugar del duelo, donde los dos combatientes habían desenvainado sus espadas, listos para comenzar. Desafortunadamente, la oportunidad de intervenir ya había pasado.

Así que Alon razonó para sí mismo:

«Bueno, solo es un duelo. Probablemente no causará demasiado revuelo».

Con eso, decidió sentarse y observar cómo se desarrollaba el duelo mientras reflexionaba en silencio sobre sus pensamientos.

«¿Quién ganará?».

No, Alon rápidamente revisó su pregunta.

«¿Cuánto tiempo puede aguantar?».

Aunque era consciente de que ambos eran Maestros Espadachines, el resultado parecía obvio. Incluso entre los Maestros Espadachines, había diferentes niveles de habilidad. Deus, que había derrotado incluso a Reinhardt, no iba a perder contra Filian, un Maestro Espadachín recién ascendido.



«Probablemente no esté pensando en ganar... ¿o sí?».

Los ojos de Filian, rebosantes de competitividad y un espíritu de lucha inquebrantable, se fijaron en Deus. Al ver esto, Alon se encontró asintiendo inconscientemente.

Filian mostraba exactamente el mismo tipo de determinación que Alon había presenciado en Psychedelia: una negativa a rendirse, por muy abrumadora que fuera la disparidad de habilidades. Lucharía hasta el final, aferrándose a la más mínima posibilidad de victoria hasta su último aliento.

«Una cosa era ver esto en los juegos, pero en la realidad, su personalidad es... única».

Mientras Alon observaba la ardiente determinación de Filian, se anunciaron las reglas del duelo.

«Las reglas son sencillas: el duelo continuará hasta que uno de los bandos admita su derrota. Cuando esta daga toque el suelo, comenzará el combate».

Con una sonrisa tranquila, Filian lanzó al aire una daga que llevaba en el cinturón. La hoja brilló contra los suaves tonos del sol poniente mientras giraba y caía.

Entonces...

Golpe seco.

Cuando la empuñadura de la daga golpeó el suelo...

¡Crack!

El duelo había terminado.

«¿Qué?»

Filian, aturdido, tardó un momento en darse cuenta de su situación. Se encontró tirado en el suelo en una postura incómoda, completamente derrotado sin siquiera entender lo que había pasado.

Cuando recuperó la visión, miró hacia adelante y vio...

Deus Maccalian.

El maestro espadachín estaba allí, espada en mano, mirándolo. La confusión de Filian dio paso al dolor cuando se dio cuenta del dolor en la mejilla. Entonces, se dio cuenta:

había perdido.

Y no solo eso, sino que ni siquiera había conseguido blandir su espada una sola vez. No había podido hacer nada en absoluto.

«Ja...».

Filian soltó una risa hueca, asimilando el peso de su derrota.



Si hubiera sido cualquier otra persona, podría haber reaccionado de dos maneras:

La mayoría se habría derrumbado por la desesperación, abrumada por la facilidad con la que su destreza con la espada, ganada con tanto esfuerzo, se había vuelto insignificante.

Otros habrían negado la realidad, deificando a Deus Maccalian como una existencia inalcanzable y racionalizando su derrota como algo inevitable. Se aferrarían a autojustificaciones para protegerse del peso aplastante del fracaso.

Porque sin esas defensas, se habrían derrumbado.

Pero...

«Ja... ja... ja...».

Filian no se derrumbó, ni negó la realidad. En cambio, eligió un tercer camino.

«Vaya, sinceramente... No tengo palabras».

Determinación.

Incluso después de ser derrotado de un solo golpe, al darse cuenta de que no estaba ni siquiera cerca de ser rival para Deus, Filian reavivó su espíritu de lucha y volvió a levantar su espada.

Mientras la sangre de Filian hervía con determinación...



«¿Qué es esto?».

Alon, que observaba desde un lado, se volvió hacia Deus con una mirada de incredulidad.

Lo sabía. Sabía que Deus era fuerte, lo suficientemente fuerte como para derrotar a Reinhardt. Pero aun así, la idea de que Deus acabara con Filian, que era más fuerte que la mayoría de los Maestros Espadachines, en un solo instante, superaba su imaginación.

«¿Es esto... talento?».

Por un momento, Alon se quedó sin palabras, maravillado por la absurda fuerza de Deus, un poder que parecía haber superado los límites de la humanidad en solo unos años. Entonces, su expresión se suavizó con orgullo.

Mientras que una parte de él, como alguien que apenas podía lanzar un solo hechizo mágico, envidiaba el abrumador talento de Deus, otra parte se sentía como un padre orgulloso que veía a su hijo alcanzar la grandeza.

Sin embargo, su atención pronto se desvió.

Ahora era Filian quien se había ganado su admiración.

—¡Uf!

A pesar de haber sido derrotada cinco veces seguidas, cada una de ellas con un solo golpe, Filian seguía levantándose, negándose a rendirse.



En el quinto combate:

«¡Todavía más!».

Alon podía ver la ardiente determinación que brillaba en los ojos de Filian.

En el décimo combate:

«¡Todavía no!».

En el decimoquinto asalto:

«Vaya, eres muy fuerte...».

En el vigésimo combate:

«Eh, ¿espera un momento?».

Por primera vez, Filian levantó la mano en señal de rendición.

Pero Deus, sin decir palabra, lo volvió a enviar volando.

«No, espera...».

¡Crack!

«Espera...».



iZas!

«Déjame...».

iCrack!

Después de treinta asaltos más, en los que Filian era incapaz de articular una frase completa entre golpe y golpe, Alon finalmente intervino.

«Deus, creo que es hora de parar».

«Entendido».

O más bien, Alon tuvo que interrumpir cuando la determinación de Filian finalmente se agotó y el duelo se convirtió en una paliza unilateral.

Para entonces, Alon vio algo impactante:

El siempre decidido Filian, que, incluso ante una disparidad abrumadora, lucharía hasta su último aliento como si estuviera programado para no rendirse nunca...

«¡Lo siento mucho, estaba completamente equivocado! ¡No volveré a hacerlo, lo juro!».

—se había derrumbado por completo.



Esa noche, en la asamblea de los seis reyes de los Reinos Aliados:

«¿Dónde está tu brillante maestro espadachín? ¿Aquel del que tanto alardeabas?».

«... Ejem».

Alon, de pie detrás de Criteria Siyan, vio al rey Shtalian V de Ashtalon con una expresión de profundo descontento y el ceño fruncido.

Cuando sus miradas se cruzaron, Alon apartó rápidamente la vista, incapaz de soportar la mirada reprochadora del rey.